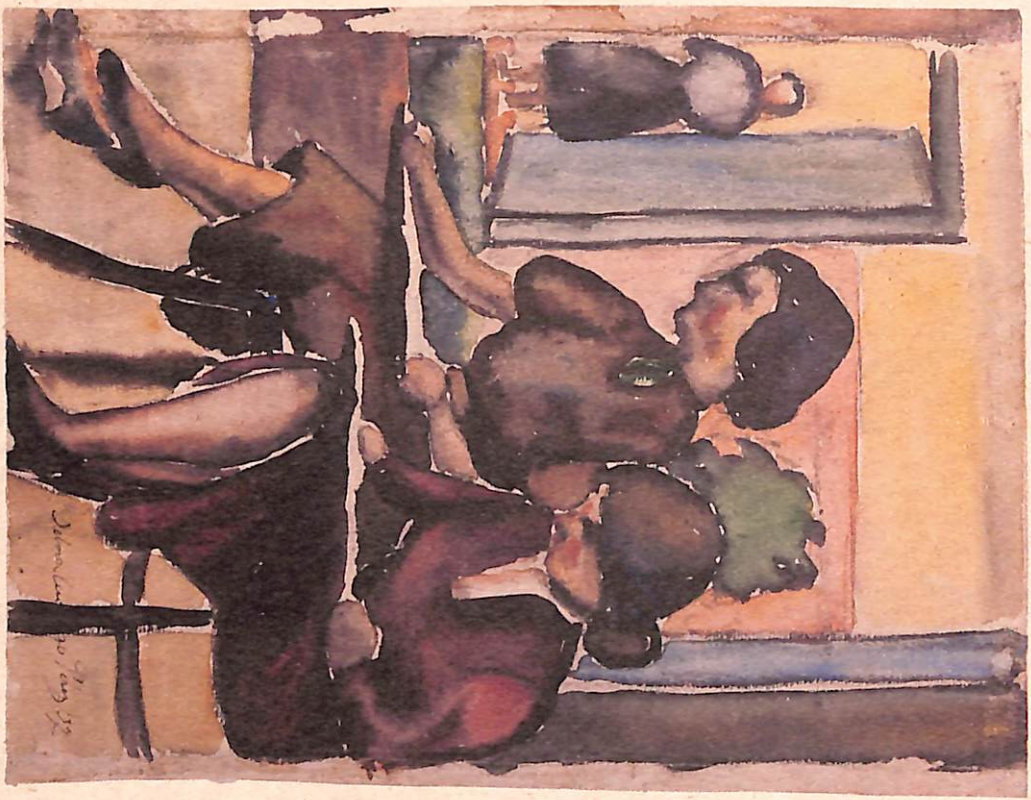
C A S A B L A N C A

Débora Arango de visita en Jericó



ORGANIZAN:

Museo de Antropología y Artes de Jericó Antioquia "MAJA".
Asociación de Amigos y Voluntarios del Museo de Jericó "MAJA".
Asociación Amigos por Jericó.

PATROCINAN:

Municipio de Jericó. Alcalde David Alonso Toro Cadavid.
Secretaría de Educación Cultura y Turismo de Jericó.
Felipe Correa Correal.
Casa de la Cultura de Jericó.
Sura.
Epm.

DIRECTOR MUSEO DE ANTROPOLOGÍA Y ARTES DE JERICÓ ANTIOQUIA "MAJA":
Roberto Ojalvo Prieto

CURADURÍA Y MONTAJE DE LA EXPOSICIÓN:
Oscar Roldán Alzate

AGRADECIMIENTOS:

Agradecemos a la señora Cecilia Londoño de Estrada su generosidad y entusiasmo para hacer realidad esta exposición.
Al fotógrafo Carlos Tobón.
Al curador Oscar Roldán.
Al Museo de Arte Moderno de Medellín MAMM.
Al Museo de Antioquia.
A Dislicores.
Al Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia.
A Tragaluz editores.
Al Equipo de trabajo del Museo "MAJA": monitor Diego Molina Isaza, secretaria Hercilia Blandón González y al Grupo de Jóvenes Voluntarios de la Normal Superior de Jericó.

Apertura de la exposición:
septiembre 20 de 2014.

Cierre de la exposición:
enero 30 de 2015.

Horario: L, M, J y V 8 a.m. a 12 m. y 2 p.m. a 6 p.m.
Miércoles: 8 a.m. a 12 m. y 2 p.m. a 5 p.m.
Fines de semana y lunes festivos: 9 a.m. a 5 p.m. (Jornada continua)

© DR a los autores, para textos e imágenes. 2014
© Museo de Antropología y Artes de Jericó Antioquia "MAJA". Carrera 6 con calle 7 #6-60 Jericó, Antioquia / paradichi@hotmail.com
Edición y diseño: Tragaluz editores - **Impresión:** inQprex-Marquillas SA. - Impreso en Medellín, *Printed in* Medellín, Colombia

C
A6

CASABLANCA

Débora Arango de visita en Jericó

Tal vez una de las características más sobresalientes de los pueblos del Suroeste antioqueño es la hospitalidad de sus gentes. Por esto, cuando se anuncia una visita, los anfitriones se preparan como si cada visita fuera una fiesta, se reparten las responsabilidades, se organiza la casa, se piensa en las flores, en retocar el jardín y en barrer el solar, en adoctrinar a los niños para que se comporten adecuadamente, en organizar la "pieza del forastero", y en el menú que se le ofrecerá. Se les participa a los vecinos y allegados, y ya casi en la víspera, se buscan entre los baúles y las herencias de las abuelas los mejores manteles y vajillas.

Esto es precisamente lo que hemos hecho los jericoanos desde que en la agenda de nuestro Museo "MAJA" apareció programada la exposición de la gran maestra antioqueña Débora Arango a quien recibiremos por medio de su legado espiritual y artístico: sus obras. Las cuidaremos, las visitaremos, aprenderemos y nos deleitaremos apreciándolas, le participaremos a nuestros paisanos del Suroeste, profundizaremos en su obra y todos nos sentiremos orgullosos de esta honrosa visita, la primera que con sus creaciones hace a un pueblo pequeño y, como estará entre nosotros durante varios meses, nos hemos preparado para establecer diálogos formativos y para hablar de tú a tú con sus obras.

Nos sentimos muy satisfechos porque en la preparación de esta llegada hemos descubierto:

Una Débora polifacética: pintora, dibujante, acuarelista, ceramista y muralista.

Una Débora con una mirada comprometida con el entorno social, que se materializa en muchas de sus obras.

Una Débora pionera en mostrar que el arte no debe pensarse solamente para la contemplación.

Una Débora abanderada de la causa de las mujeres y prototipo en sí misma de lo que debe ser una artista en nuestro medio.

Una Débora libre, firme y valiente en su pensamiento, en su forma de vida y en su producción artística.

Una Débora, por momentos encerrada, pero nunca aislada ni silenciada y siempre tronante con sus pinceles.

Una Débora con una profunda consciencia moral, pero con la claridad suficiente para predicar la independencia absoluta entre la moral y el arte.

Una Débora que por la calidad de su obra pudo codearse con colegas de la talla de Pedro Nel Gómez, Eladio Vélez y Carlos Correa, quien además fue su amigo.

Una Débora que sobresale por la modernidad de sus creaciones y por la cercanía de su obra con la de los grandes maestros del Expresionismo.

Una Débora adelantada para su época con su mirada social y su independencia.

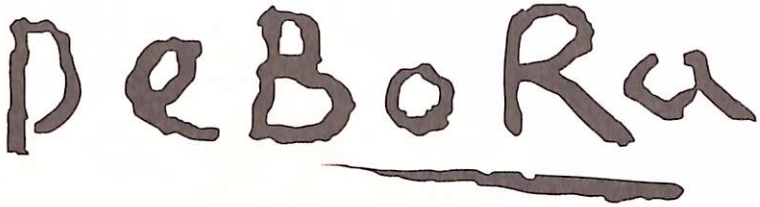
Una Débora libre en las formas, los temas y el uso del color.

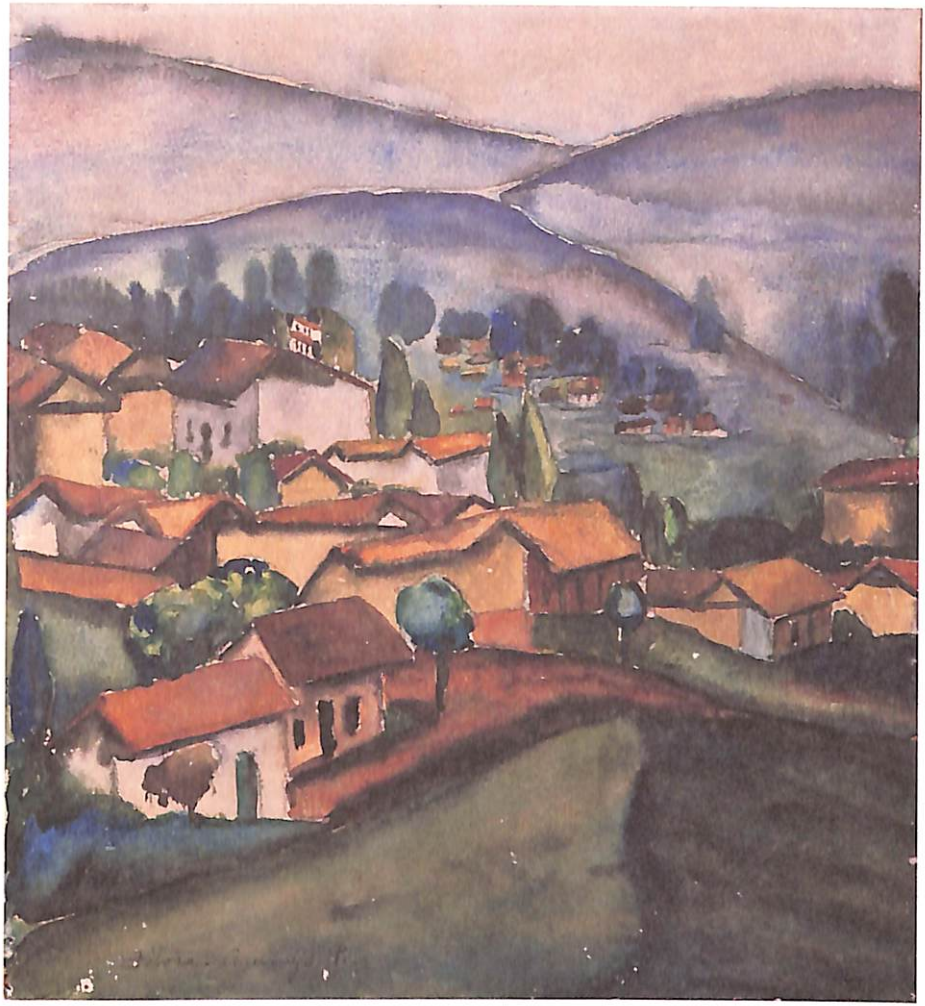
Este es pues, el personaje que nos visitará y que nosotros recibiremos con el corazón y con nuestros brazos en alto, con el sentimiento que implica sentirnos honrados de recibir en casa a una de las mujeres más importantes de Colombia en el siglo XX.

Un sentido agradecimiento a las personas y entidades que han hecho posible esta visita, en especial a la señora Cecilia Londoño de Estrada, al curador Oscar Roldán, a Dora Escobar y demás funcionarios del Departamento de Curaduría del MAMM. Igualmente al Municipio de Jericó, a Suramericana, a epm, al Museo de Arte Moderno de Medellín "MAMM", al Museo de Antioquia, al Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia, a la Asociación de Amigos del Museo de Jericó "MAJA" y a la Asociación Amigos por Jericó.

Roberto Ojalvo Prieto
Director Museo de Jericó "MAJA"

Fotografía: Entrada a Casablanca, Envigado, Antioquia. Carlos Tobón.


DeBoRa

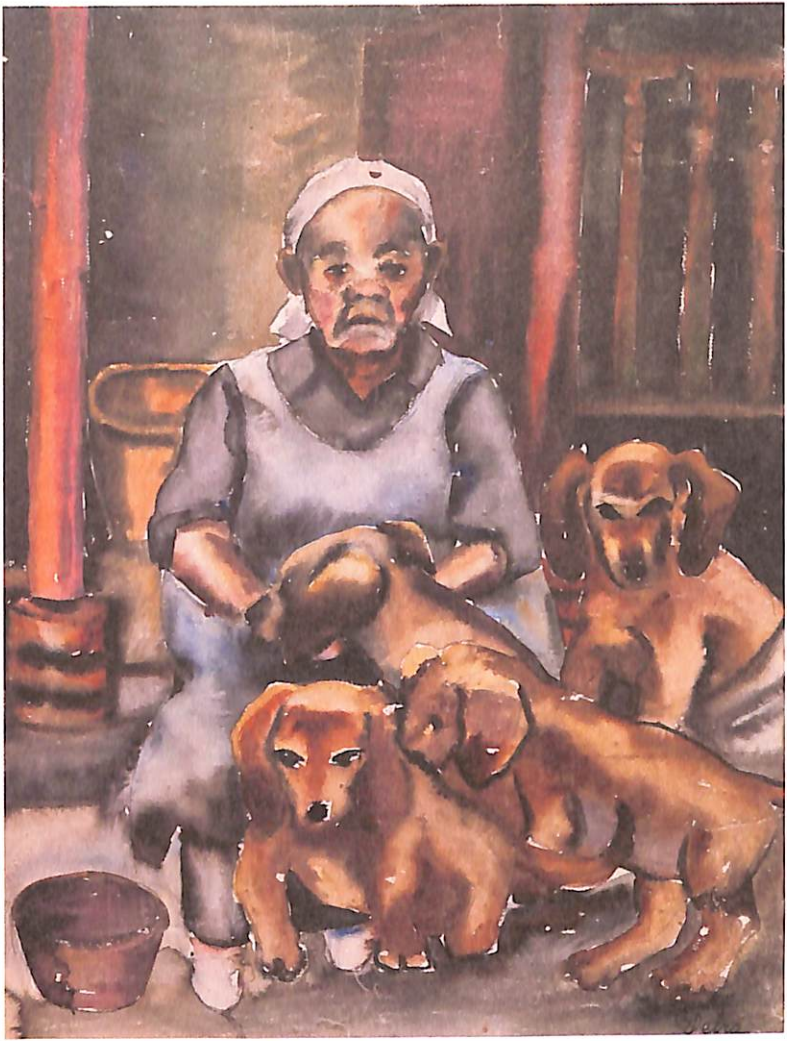


Pueblito: Acuarela, s.f., 31 x 29 cm. Colección Londoño Arango.

Casitas: Acuarela, s.f.,
31 x 49 cm.
Colección Londoño
Arango.

Puente Echeverri:
Acuarela,
1935 aprox. 31 X 49 cm.
Colección Londoño
Arango.

Parque con pintores: Acuarela, s.f., 24 x 30 cm. Colección Londoño Arango.



Anselma: Acuarela, s.f., 63 x 48 cm. Colección Londoño Arango.

1

2

3

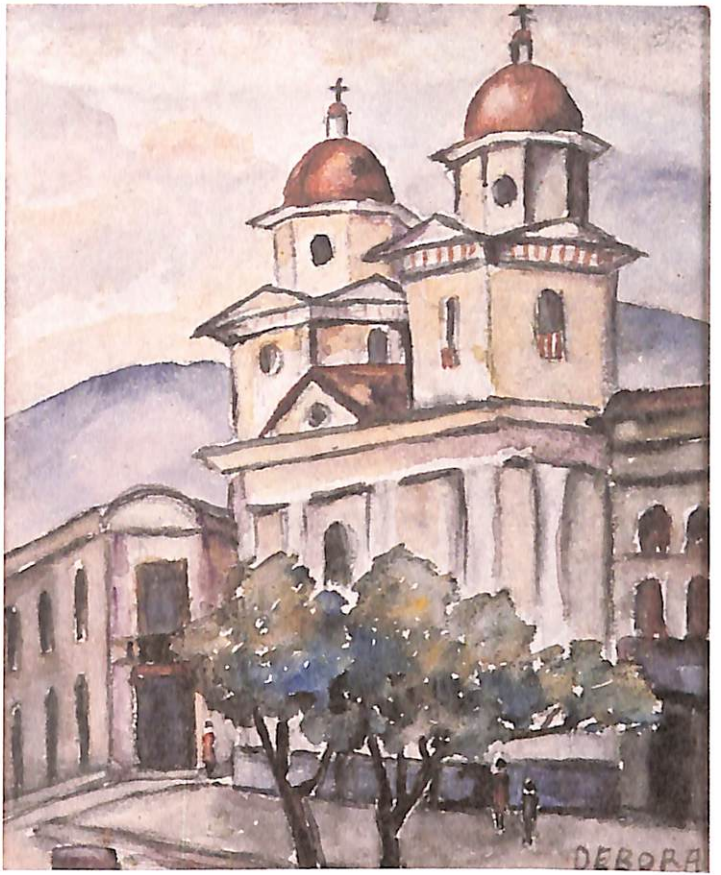
4

1 **El tranvía:** Acuarela, s.f., 23 x 30 cm.
Colección Londoño Arango.

2 **Mercado:** Acuarela, s.f., 24 x 31,5 cm.
Colección Londoño Arango.

3 **Mercado:** Acuarela, s.f., 24 x 31 cm.
Colección Londoño Arango.

4 **Casa en construcción:** Acuarela, s.f., 31 x 46 cm.
Colección Londoño Arango.



Hermanas de la Presentación *(página anterior):*
Óleo sobre material de fique, ca. 1940, 88 x 117 cm. Colección MAMM.

La iglesia de La Candelaria: Acuarela, s.f., 33 x 28 cm. Colección Londoño Arango.

1

2

3

4

5

6

1 **Sin título - boceto:**
Tinta sobre papel, s.f., 22 x 16 cm.
Colección Londoño Arango.

2 **Sin título - boceto:**
Tinta sobre papel, s.f., 22 x 16 cm.
Colección Londoño Arango.

3 **Sin título - boceto:**
Tinta sobre papel, s.f., 22 x 16 cm.
Colección Londoño Arango.

4 **Sin título - boceto:**
Tinta sobre papel, s.f., 22 x 16 cm.
Colección Londoño Arango.

5 **Sin título - boceto:**
Lápiz sobre papel, s.f., 22 x 16 cm.
Colección Londoño Arango.

6 **Sin título - boceto:**
Tinta sobre papel, s.f., 22 x 16 cm.
Colección Londoño Arango.

7

8

9

10

11

12

7 **Sin título - boceto:**
Tinta sobre papel, s.f., 16 x 22 cm.
Colección Londoño Arango.

8 **Sin título - boceto:**
Tinta sobre papel, s.f., 16 x 22 cm.
Colección Londoño Arango.

9 **Sin título - boceto:**
Tinta sobre papel, s.f., 16 x 22 cm.
Colección Londoño Arango.

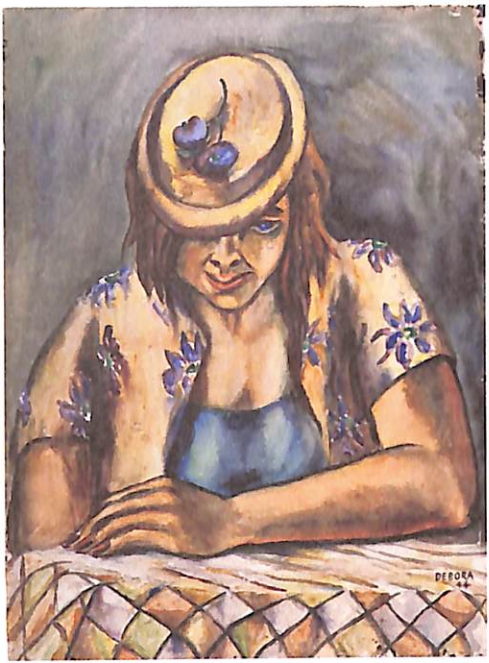
10 **Sin título - boceto:**
Lápiz sobre papel, s.f., 16 x 22 cm.
Colección Londoño Arango.

11 **Sin título - boceto:**
Tinta sobre papel, s.f., 16 x 22 cm.
Colección Londoño Arango.

12 **Sin título - boceto:**
Tinta sobre papel, s.f., 16 x 22 cm.
Colección Londoño Arango.

Mulato: Acuarela, s.f., 29,5 x 22 cm. Colección Londoño Arango.

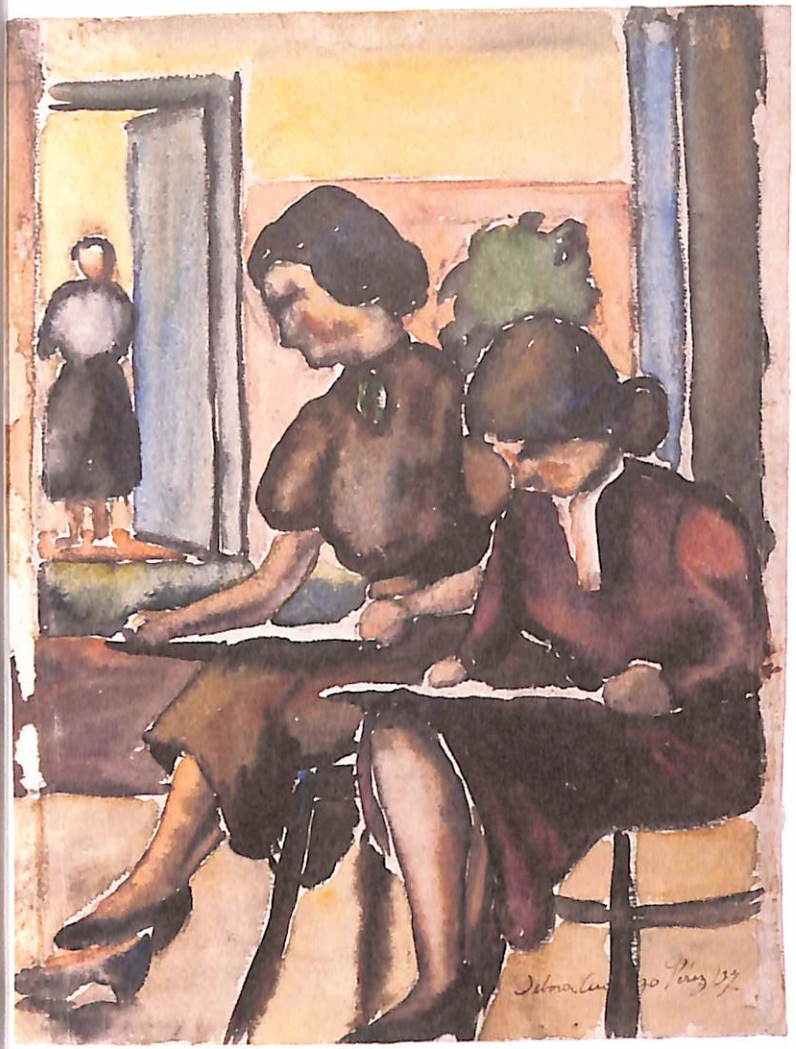
Josefina: Acuarela, s.f., 30 x 22 cm. Colección Londoño Arango.



Elvira: Acuarela, s.f., 29,5 x 22 cm. Colección Londoño Arango.

Amargada: Acuarela, 1944, 76 x 55 cm. Colección MAMM.

Retrato de Raquel y Lucila: Acuarela, dec. 30-40, 23 x 23 cm. Colección Londoño Arango.



Mujeres en el patio: Acuarela, 1937, 32 x 25 cm. Colección Londoño Arango.

Kioscos: Acuarela, s.f., 30 x 48 cm. Colección Londoño Arango.

Cementerio de San Pedro: Acuarela, s.f., 30 x 23 cm. Colección Londoño Arango.

CASABLANCA

Débora Arango de visita en Jericó

Ya hace mucho tiempo que la brecha entre Envigado y Medellín se cerró. No hay más espacio entre estos dos pueblos que, como lo hacen los círculos concéntricos que dejan las piedras lanzadas al agua quieta de un lago, estas jóvenes ciudades terminaron necesariamente juntando sus edificios, en sus fronteras. La Casablanca de Envigado, llamada así por las paredes de su perímetro siempre blancas, siempre impolutas, que contrastaban con el verde de la vegetación vecina, y que otrora estuviera en las afueras del pueblo, sigue ahí, calma e incólume. Ahora, y en la mitad del bullicio, una mujer sola, de las muchas que animaron esta casona centenaria, cuida y mantiene viva la presencia de su madre, tías y abuela. Al parecer, ha sido una casa de mujeres, esta Casablanca que hoy podemos contemplar a tan solo cuadras del parque principal de Envigado, justo sobre la avenida que llegando de Medellín, trae el nombre del poblado cercano.

Una de esas mujeres, y tía de Cecilia Londoño, a quien ya mencioné –y que pasa su tiempo dedicada a los cuidados de esta quinta, a quien debemos toda la gratitud por hacer posible esta visita–, fue Débora Arango Pérez, una mujer sinigual que atravesó el siglo veinte de principio a fin, con una postura crítica, enérgica, arriesgada, manifiesta en su singular manera de ver el mundo desde esta casona que también fue su refugio para hablarle al mundo con el poder de la pintura, el dibujo y el arte en general. Desde Casablanca, Débora construyó una novedosa propuesta estética cifrada en su particular forma de representar la realidad que vivió, algo que a la postre le llevaría sistemáticamente a la palestra pública por los eventos escandalosos generados cada vez que una exposición suya se abría, asunto

Fotografía: Patio interior de Casablanca. Carlos Tobón.

que nada tiene de raro si miramos hacia atrás y tenemos en cuenta los rasgos distintivos de una sociedad confesional como la antioqueña, en especial terminando la primera mitad del siglo pasado.

Mientras los días pasaban tranquilos y sin sobresaltos en Casablanca, la Colombia de Gaitán, la de los pobres y de las desigualdades no podía, ni tenía cómo contar con la misma suerte. Así, Débora fue perfilando un amor profundo por los temas sociales, lo que en los años cuarenta terminarían por imponer un estilo más allá de las formas rollizas de los cuerpos de las gentes que representaba. La conciencia frente a los fenómenos sociales de toda índole fue una de las reflexiones

más avezadas de esta artista necesaria para contar este país a los que vienen de afuera y a los que estamos y no lo conocemos. En un sentido amplio, su trabajo encierra matices claramente autobiográficos, que narran en secuencia una vida difícil para una mujer que abrió camino a otras desde la tenacidad explícita en los contenidos de su trabajo artístico. Con una gran facilidad, Débora transitaba por temas que iban de lo público a lo intimo, sin dejar de evidenciar lo privado, con una mirada aguda y perspicaz que no perdía de vista el especio referente, su remanso de paz, su inmensa pero a la vez pequeña comarca colonizada por el amor de su familia.

Débora Arango comienza a hacer arte de una forma decidida hacia 1930, y se extiende prolija hasta finales de la década de los años 70. Las intenciones, que iniciaron como forma de ocupar el tiempo de ocio, fueron tomando vigor con el ejercicio, y al cabo de poco tiempo ya estaba decidida a sentar diferencia entre ser una "joven que gustaba de la pintura" y una artista reconocida. Su decisión se conoce hoy ampliamente.

Aunque el resultado visual de las representaciones de Débora es dramático, no era así el procedimiento de ejecución. Guantes de tela blancos, de los usados por las niñas para recibir su primera comunión en el rito católico, eran usados por ella para ir al caballete. Quizás esto tenga algo que ver con el inicio de su pasión por la pintura y, a su vez, con la dualidad manifiesta a lo largo de toda su obra. Su primera profesora de arte fue la Hermana Rabaccia, de quien Débora misma diría: *"No fui yo quien hizo el descubrimiento. Yo era una colegiala, una alumna del colegio María Auxiliadora en Medellín. Mi maestra, la hermana María Rabaccia, una religiosa italiana de exquisita espiritualidad encontró que yo tenía facilidades para aprender a pintar y me contagió su entusiasmo por el arte"* [1]. Con ella comenzó a apropiarse de la idea del color y la composición, que ejercitaba copiando láminas religiosas y motivos simples a las que incorporaba su singular manera de ver y traducir la realidad.

Al tiempo de formación de la escuela le siguió su trasegar por dos talleres de artistas fundamentales en la historia del arte antioqueño, Eladio Vélez y Pedro Nel Gómez.

"Con el maestro Eladio Vélez aprendí de preferencia la técnica del retrato. Cultivé ese estilo con entusiasmo. Pero yo sentía algo que no acertaba explicar. Quería no solo adquirir la

1 Citada en: *Débora Arango Pérez, La virtud del valor.* Catálogo de la exposición, Sala de arte Suramericana, Medellín. Mayo de 1995.

habilidad necesaria para reproducir fielmente un modelo o un tema cualquiera sino que anhelaba también crear, combinar; soñaba con realizar una obra que no estuviese limitada por la inerte exactitud fotográfica de la escuela clásica. No sabía a punto fijo lo que deseaba, pero tenía la impresión de que mi temperamento me impulsaba a buscar movimiento, a romper los rígidos moldes de la quietud" [2].

Una de las grandes inquietudes de Débora, a lo largo de su proceso de formación, fue dominar la gama general de géneros de la representación bidimensional; en esto, sus dos principales maestros fueron de nodal importancia. El retrato, el desnudo, el paisaje y la naturaleza muerta (bodegón) es todo cuanto se puede lograr en los múltiples cruces de la representación figurativa. Cualquiera sea la reflexión tratada no escapa a estos cuatro formatos. Débora trabajó para completar el dominio de uno y cada uno de estos géneros. Con respecto a las técnicas, Débora aprendió y ejecutó prácticamente todas.

Débora no es presa del conflicto, de los señalamientos y condenas que sobre ella recaen. Por el contrario, ubica los sucesos como quien consigna en un diario su vida, sin hacer divisiones entre las diferentes escalas sociales que la rodean. Al margen de los vetos y las críticas destructivas, su obra crece, con la certeza de que su testimonio algún día serviría de algo. Así, entrados los años cuarenta, la imagen de esta artista era relacionada por un grupo importante de detractores, con conductas reprochables, toda vez que sus representaciones crudas de la realidad no guardaban recato frente a lo visto y sentido, especialmente si tenemos en cuenta su decisión de tratar el tema del desnudo femenino abiertamente, del natural, sin copiar estereotipos clásicos, trabajo que inició con Pedro Nel Gómez y que a su vez él, apoyado por los escándalos sucesivos, tomará como argumento para dejar de impartir enseñanzas a quien, sin lugar a dudas, fuera su más avanzada discípula. Si de Eladio Vélez aprendió el amor por la forma y la técnica, de Pedro Nel recogió lo que siempre estuvo buscando: la potencia del arte para hablar de cosas que no muchos se atrevían, como fueron las vicisitudes de la vida social del país que le tocó por suerte.

Fuertes contrastes fueron la normalidad para la carrera de una artista que sufrió la estigmatización social y la crítica prejuiciosa que disparó, desde terrenos lejanos, al del análisis estético. Su obra no fue cuestionada desde la ejecución plástica en sí, o desde la esencia misma de su representación; por el contrario, los temas poco convencionales propuestos por una "señorita" y, sobre todo, la manera como ella presentaba el cuerpo, con tal desparpajo

2 "El arte no tiene que ver con la moral" *El diario*. Medellín, noviembre 20 de 1939.

en acuarelas de gran formato y óleos feroces, envolventes, con un poder tal de afectación que lograba un ambiente sobrecogedor y a la vez cáustico para quien se prestará a percibirlos, eran la puerta de entrada de una crítica destructiva que no lograba entender lo que en estas obras acontecía. Se esgrimían, por parte de sus detractores, argumentos de corte eminentemente comportamental, de conducta social y faltas a la moral. A lo que la artista respondía diciendo que *"el arte nada tiene que ver con lo moral"*.

La férrea postura que asumió Débora Arango para combatir asuntos, contra los que luchó gallardamente mucho tiempo, parecería agotarse con la misma fuerza que entró la dinámica de la política a lidiar con el descontrol, a hacerse cargo de la realidad. Los primeros años de la década de los cincuenta vieron endurecida la escena del conflicto en Colombia.

Arango cesa completamente su actividad de promoción de su trabajo y figuración social a finales de los años cincuenta, momento en que se interna definitivamente en Casablanca. Exiliada en su propia tierra, Débora se apersonó de los cuidados de su padre enfermo y se centró en el trabajo de la cerámica y el dibujo como salida del pensamiento; algo que nunca dejaría de hacer.

Su ausencia no fue obligada por las difíciles fuerzas que la combatían, sino, más bien, por decisión propia de entender que era tiempo perdido desgastar su ánimo buscando visibilizar su percepción del mundo frente a ojos incapaces de ver. Se retira entonces a esperar sabia y callada el momento en que este país tuviera el decoro de entender la realidad que ella había proyectado en sus lienzos y papeles, un ambiente apropiado para que su relato encontrara eco y la resonancia dejara captar lo que nunca se pudo ver por estar velado por voluntades pacatas de una época viciada por la doble moral y las conjeturas pre-sociales de comunión con el Concordato.

La sociedad misma hizo que Débora, a mediados del siglo XX, funcionara más como una artista de ficción que una cronista de la realidad. Paradójicamente, hoy es la más fiel documentalista que este país jamás haya tenido. En este sentido, es importante recordar que el derecho al sufragio en Colombia para la mujer llega en 1954, asunto que hasta ese momento era una postura de reivindicación simbólica; solo hasta los años 80 es el tiempo donde la mujer colombiana encuentra el espacio para participar de la definición de la realidad colombiana.

Nadie discute la trascendental tarea del arte de ser testigo y cronista, pero, a la vez, de materializar la realidad. Esta última está determinada por negociaciones entre los que ostentan el poder, y el poder a su vez está dado por la capacidad para definir la realidad. La política, en un Estado típico, es la encargada de administrar la realidad, a diferencia del arte, que está encargado en primera instancia de representarla, pasando por estadios de excavación de su esencia más profunda y, así, señalar, exaltar o denunciar lo que pasa, ha pasado y pasará. Los ojos de los artistas son los instrumentos más poderosos para encontrar lo que se cuece bajo la aparente calma de la vida cotidiana.

Hoy tenemos una visita sin igual en Jericó. Débora Arango ha llegado, traída por sus lienzos, acuarelas, dibujos y cerámicas. La vida recreada en sus obras es modelo de fortuna y virtud de alguien que supo ver en las dificultades una salida maravillosa para que su alma encontrara razones de estar y acompañar a los demás.

Oscar Roldán Alzate
Curador

Maestro en artes plásticas
y magister en ciencias políticas
de la Universidad de Antioquia.
Dirige el Departamento de Extensión Cultural
de la Universidad de Antioquia.

en acuarelas de gran formato y óleos feroces, envolventes, con un poder tal de afectación que lograba un ambiente sobrecogedor y a la vez cáustico para quien se prestará a percibirlos, eran la puerta de entrada de una crítica destructiva que no lograba entender lo que en estas obras acontecía. Se esgrimían, por parte de sus detractores, argumentos de corte eminentemente comportamental, de conducta social y faltas a la moral. A lo que la artista respondía diciendo que *"el arte nada tiene que ver con lo moral"*.

La férrea postura que asumió Débora Arango para combatir asuntos, contra los que luchó gallardamente mucho tiempo, parecería agotarse con la misma fuerza que entró la dinámica de la política a lidiar con el descontrol, a hacerse cargo de la realidad. Los primeros años de la década de los cincuenta vieron endurecida la escena del conflicto en Colombia.

Arango cesa completamente su actividad de promoción de su trabajo y figuración social a finales de los años cincuenta, momento en que se interna definitivamente en Casablanca. Exiliada en su propia tierra, Débora se apersonó de los cuidados de su padre enfermo y se centró en el trabajo de la cerámica y el dibujo como salida del pensamiento; algo que nunca dejaría de hacer.

Su ausencia no fue obligada por las difíciles fuerzas que la combatían, sino, más bien, por decisión propia de entender que era tiempo perdido desgastar su ánimo buscando visibilizar su percepción del mundo frente a ojos incapaces de ver. Se retira entonces a esperar sabia y callada el momento en que este país tuviera el decoro de entender la realidad que ella había proyectado en sus lienzos y papeles, un ambiente apropiado para que su relato encontrara eco y la resonancia dejara captar lo que nunca se pudo ver por estar velado por voluntades pacatas de una época viciada por la doble moral y las conjeturas pre-sociales de comunión con el Concordato.

La sociedad misma hizo que Débora, a mediados del siglo XX, funcionara más como una artista de ficción que una cronista de la realidad. Paradójicamente, hoy es la más fiel documentalista que este país jamás haya tenido. En este sentido, es importante recordar que el derecho al sufragio en Colombia para la mujer llega en 1954, asunto que hasta ese momento era una postura de reivindicación simbólica; solo hasta los años 80 es el tiempo donde la mujer colombiana encuentra el espacio para participar de la definición de la realidad colombiana.

Nadie discute la trascendental tarea del arte de ser testigo y cronista, pero, a la vez, de materializar la realidad. Esta última está determinada por negociaciones entre los que ostentan el poder, y el poder a su vez está dado por la capacidad para definir la realidad. La política, en un Estado típico, es la encargada de administrar la realidad, a diferencia del arte, que está encargado en primera instancia de representarla, pasando por estadios de excavación de su esencia más profunda y, así, señalar, exaltar o denunciar lo que pasa, ha pasado y pasará. Los ojos de los artistas son los instrumentos más poderosos para encontrar lo que se cuece bajo la aparente calma de la vida cotidiana.

Hoy tenemos una visita sin igual en Jericó. Débora Arango ha llegado, traída por sus lienzos, acuarelas, dibujos y cerámicas. La vida recreada en sus obras es modelo de fortuna y virtud de alguien que supo ver en las dificultades una salida maravillosa para que su alma encontrara razones de estar y acompañar a los demás.

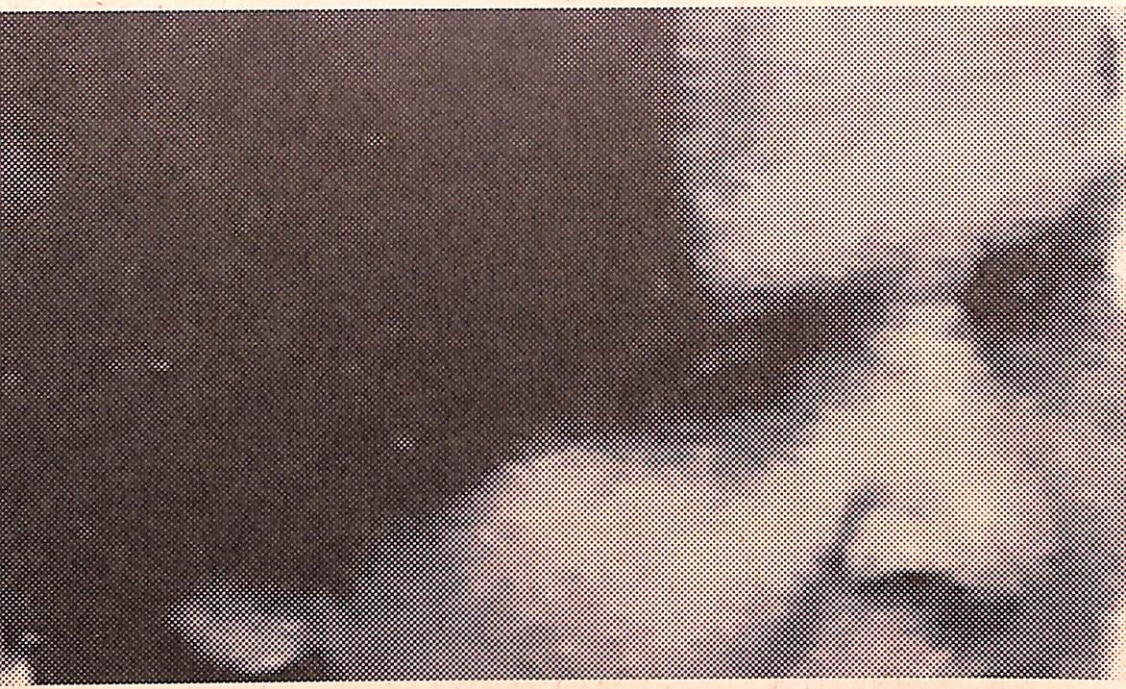
Oscar Roldán Alzate
Curador

Maestro en artes plásticas
y magister en ciencias políticas
de la Universidad de Antioquia.
Dirige el Departamento de Extensión Cultural
de la Universidad de Antioquia.

MAJA

Museo de Jericó Antioquia

Antropología - Arte



Alcaldía de Jericó

El Gobierno de la Gente

MUSEO DE ARTE MODERNO

sura

epm

TRAGALUZ editores

Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia

Antioquia la más educada

Asociación de Amigos y Voluntarios del Museo de Jericó "MAJA"

Dislicores

ASOCIACIÓN AMIGOS POR JERICÓ

Colección Londoño Arango